

LA HISTORIA SE REPITE

Cruzo las puertas del metro por tercera vez en el día. A esta hora está algo más vacío de lo normal, así que me puedo sentar por fin. Acabo de terminar mi jornada de trabajo en la empresa de limpieza, oportunidad que apareció hace unos pocos meses, donde pagan un sueldo ínfimo que apenas valdría para mantener a una sola persona. Y si a esto le añades que tengo una preciosa niña de cinco añitos... Sí, no es la mejor situación.

Hace algo más de una semana, recibí una llamada de una empresa en la que solicité trabajo. Personalmente, había dado esa oportunidad como perdida al ver que el resto de los candidatos eran hombres blancos. Teniendo en cuenta que ya iba con pocas expectativas porque, aunque el anuncio decía “no se requiere experiencia previa”, nunca es del todo verdad. Siempre se tiene en cuenta trabajos o formaciones previas y yo, muy a mi pesar, no tengo ninguna. Además, siendo realistas, sigue habiendo una clara preferencia a la hora de escoger.

Así que aquí estoy, en la puerta de dicha empresa. La puerta está hecha de una madera de roble muy oscura con motivos florales tallados y la fachada pintada con múltiples tonos de blanco y gris. Al entrar, llego a un gigantesco vestíbulo, al final del cual se encuentra la recepción. El interior del edificio mantiene la estética del exterior, tonos grises y neutros esparcidos por toda la sala, pero la luz natural que entra por los anchos ventanales le da un aire más acogedor. Camino hacia el mostrador donde se encuentra la recepcionista y me armo de valor para hablar.

Nunca he sido una persona segura de sí misma y, con las experiencias durante los años, solo ha empeorado. Sin embargo, trato de esconder mi indecisión, me esfuerzo en relatar cómo me habían contratado en la empresa. Una vez dicho en voz alta, desaparecieron las dudas en mi cabeza. Me habían escogido a mí, no a cualquiera de los candidatos, a mí. A pesar de que seguía sin entender por qué, era una ocasión que no podía rechazar. En fin, la recepcionista me explica a dónde debo ir y me dirijo a la cuarta planta.

Esta mañana le he hecho la merienda a Adamma, ¿verdad? Estoy segura de que le he hecho la comida para cuando ella llegue a casa, arroz otra vez, creo que le he hecho un sándwich para merendar... A la niña le gusta el arroz, pero a mí me parte el corazón no poderle dar de comer más variedad, más cosas nutritivas. No

obstante, con un poco de suerte, trabajando aquí podré permitirme dar de comer bien a Adamma. Aun trabajando en varios sitios al mismo tiempo, con la ausencia de figura paterna o ayuda económica, no es suficiente para vivir cómodamente con una niña a cargo.

Tras haberme perdido en mis pensamientos, llego a la cuarta planta. Allí me esperaba la que pronto sería mi jefa. Explica cómo sería mi jornada laboral, mientras yo me asombro cada vez más. Es un trabajo decente, de oficina y con unos horarios coherentes. Comparado con otros empleos que he realizado, este es demasiado bueno. Demasiado bueno para mí: alguien de Nigeria, madre soltera, sin experiencia, que se ha matado a trabajar desde la mayoría de edad porque no le quedaba otra que sobrevivir.

- ¿Está todo bien, señorita? Si no está de acuerdo con cualquiera de las condiciones, estamos abiertos a sugerencias, por supuesto - comenta la que ahora sería su jefa.

La pregunta me pilla por sorpresa, no quiero quedar como necia, así que me apresuro a responder.

- ¡Sí, claro que sí! Concuerdo con todas las condiciones, no hay ningún problema.
- Eh... vale. No hay nada que hacer hoy, acabamos de empezar un proyecto, así que puede irse a casa ahora. - dice ella, aunque no parece una sugerencia, sino una orden.

De acuerdo, no había contado con eso. Pero son buenas noticias, podré comer con Adamma en casa si voy lo suficientemente rápido y el transporte público colabora. Así pues, me doy prisa en salir del edificio y encaminarme a la boca de metro más cercana. Tenía planeado comerme mi humilde platito de arroz sola, en el metro, mas ahora podré pasar más tiempo con mi hija. No suele estar sola en casa, pues vivimos en casa de mis padres, pero ellos trabajan por la tarde y no pueden cuidar de ella a partir de la hora de comer. Mis padres no pueden ayudarme económicamente con la crianza de mi hija porque ellos también tienen problemas con sus ocupaciones, así que, de nuevo, estoy yo sola.

Ahora que lo pienso, siempre lo he estado. Mis padres me quieren, sí, mas no han estado para mí. No hacían más que trabajar y trabajar para mantenerme e intentar

darme una buena vida. Por ello, me crie prácticamente sola. A los diecisiete años conocí al que sería el padre de Adamma y, siendo una adolescente ingenua y sin supervisión alguna, quedé embarazada.

Una vez esperando a la niña, el padre nos abandonó y yo tuve que dejar los planes que tenía de estudios para cuidar de la pequeña. El resto es historia ya que, a los veintitrés años, soy igual que mis padres cuando era pequeña. Trabajo día sí y día también, dejo a mi hija prácticamente sola. Lo único que quiero, es que a mi querida Adamma no le pase lo mismo que a mí.

Suena el aviso de que hemos llegado a la undécima parada, paso entre la multitud para poder salir a la calle. Camino unas pocas calles hasta llegar al portal de mi edificio. La mayoría de la pintura de la fachada está despegada, así como casi todas las ventanas están rotas o tapiadas por Dios sabrá qué razón. Al menos, el cristal del portal está completo, con grafitis, pero entero. Como llevo toda mi vida viviendo aquí, ya ni siquiera me molesta el precario estado de la construcción.

Después de haber subido las escaleras hasta el quinto piso, abro la puerta del apartamento en el que vivo. Su interior es soso, no hay otra forma de describirlo. Es pequeño, sobre todo teniendo en cuenta que vivimos cuatro personas en él. Las paredes de la entrada están pintadas en un color amarillo lino que se extiende por el resto de las estancias. Entro en la cocina, cuyas paredes están cubiertas por unas baldosas decoradas con formas geométricas en colores verdes y amarillos, dónde encuentro a Adamma sentada en la mesa de madera.

Me fijo en que tiene los ojos irritados, como si hubiera estado llorando. ¿Por qué habría podido llorar? Mi cabeza repasa todos los escenarios posibles, imaginándome lo peor. Sé perfectamente lo crueles que pueden ser los niños, o incluso los adultos, lo sé de buena tinta. Corro para acercarme a ella y me agacho hasta estar al nivel de su rostro.

- Adamma... ¿Qué ha pasado? Cuéntaselo a mamá- insisto, preocupadísima

No contesta, tan solo niega con la cabeza y se gira para darme la espalda. Me estoy asustando cada vez más. Vuelvo a colocarme donde ella pueda verme y sujeto cuidadosamente su cabeza con las manos, impidiéndole girarse de nuevo. Veo que está intentando aguantar el llanto así que, en vez de insistir preguntando, le abrazo.

No devuelve el abrazo, pero noto como deja de contener las lágrimas y se relaja en mis brazos.

Recuerdo estar en la misma situación varios años atrás. En contraste con Adamma, nunca nadie se dio cuenta ni se molestó en pensar qué me podía estar pasando. No hace falta que mi niña lo admita, seguro que se han metido con ella en el colegio por cualquier sandez. En mi caso, mis padres nunca estaban en casa, así que no podían darse cuenta de lo mal que lo pasaba. Los profesores de la escuela a la que iba hacían la vista gorda o decían que los niños solo estaban jugando conmigo. Me encantaría poder decir que es cosa del pasado, pero hoy en día sigo recibiendo burlas por mi procedencia.

Por lo menos, puedo apoyarla. Quiero explicarle que ella no ha hecho mal, que el resto son los que están en lo incorrecto. Necesito decirle todo lo que a mí no me dijeron cuando lo precisaba. Le sostengo en mis brazos durante el tiempo que ella necesita. No obstante, sigue negándose a contarme nada. Le entiendo, más de lo que me gustaría, no quiere revivir la sensación de impotencia que ha debido de sentir cuando se burlaban de ella.

Comemos juntas, mientras me habla de lo que han hecho en clase, intento distraerla de lo que haya pasado en la escuela para que se olvide de ello. ¿Debería hablarlo con su profesora? Que va, ni siquiera sé exactamente qué ha pasado. Por otra parte, no es que nada vaya a cambiar. Podría trabajar incluso más que ahora, quizás ganar más dinero, conseguir un apartamento en otra parte de la ciudad, cambiar a Adamma de colegio...

Sin embargo, suponiendo que eso saliera bien ¿sería eso suficiente?